

Escrito por: ivloguer

Resumen:

El día siguiente (al relatado en el 04) mi mujer tenía franco, es decir estaba todo el día en la casa. Ciertamente me alegraba la situación, podría evitar la cocina y la lavadora, tendría con quién conversar y todas esas cosas de la vida conyugal. Pero esa llamada "vida" ya no era la misma, ahora otros pensamientos invadían la tranquila trama de los días repetidos. Por supuesto que había un nombre propio para eso, era Alicia, mi pequeña Alicia, la hijita de mi señora y ahora también una hija mía. Solamente que no era una situación para expresar, era una historia casi secreta, realmente era un replanteamiento de expectativas y logros.

Relato:

Alicia 05

El día siguiente (al relatado en el 04) mi mujer tenía franco, es decir estaba todo el día en la casa. Ciertamente me alegraba la situación, podría evitar la cocina y la lavadora, tendría con quién conversar y todas esas cosas de la vida conyugal. Pero esa llamada "vida" ya no era la misma, ahora otros pensamientos invadían la tranquila trama de los días repetidos. Por supuesto que había un nombre propio para eso, era Alicia, mi pequeña Alicia, la hijita de mi señora y ahora también una hija mía. Solamente que no era una situación para expresar, era una historia casi secreta, realmente era un replanteamiento de expectativas y logros.

Cuando se levantó mi bebida y encontré a su madre desayunando creo que se llevó igual sorpresa, ya que normalmente dedicaba los francos a cuidar pacientes particulares y hacerse sus dinerillos extra.

Su expresión denotaba sueño, pereza por salir temprano de la cama, pero a estas alturas yo había aprendido a leer entre líneas hasta sus mínimos gestos y creo adivinar un callado "¿y ahora?".

Claro que las demostraciones de afecto de la madre borraron rápidamente esas cosas de su carita, pero con un fugaz cruce de miradas nos dijimos "esto es lo que hay, paciencia".

Creo que yo estaba enloqueciendo un poco al pensar que lograba una comunicación mental, aunque realmente la situación se reducía a interpretar pequeños

detalles y ponerlos en un contexto que solamente los participantes de esa historia podían hallar sentido. Era lo que pasaba al llevarla al cole, aunque la madre estaba dispuesta a ello me ofreció caballerosamente para que ella termine tranquilamente su desayuno. En el trayecto caminábamos a un paso algo más lento del habitual, tal vez para estirar esos instantes de estar juntos y solos. Sólo en el sentido que podíamos conversar mediante nuestro sistema especial, las manos tomadas con aspecto inocente pero que eran un canal de mensajes, un mover imperceptiblemente nuestros dedos y modificar la presión, en estos mensajes nos decíamos que al menos compartiríamos el techo, que la supuesta soledad y separación no serían tan acentuadas como la primera impresión nos dictaba.

Por más que los pasos se hacían más lentos al acercarnos a destino, al final tuve que despedirme y plantarle un paternal beso en la mejilla, hablando bajito en lo que parecía un "¡pórtate bien, sé obediente!", pero que realmente decía que esta mamá estaba preciosa, que el brillo de sus ojos era especial.

Mientras volvía a casa desandando metros a baja velocidad para poder pensar en soledad, recordaba esa mirada de sus ojos, realmente esa mirada iluminaba los tenebrosos pasillos de mi vida, eran un lucero que asomaba en mi existencia eliminando sombras y dudas que se acumulan con los años. Pensaba si la atracción meramente física que suponía al inicio no se estuviese convirtiendo en algo más, en algo semejante a esa palabra que aterrorizaba mi mente, al concepto del AMOR.

Comprendía que eso no se podía desarrollar de modo convencional, que en caso de lograr conquistar el corazoncito de mi pequeña no podría ofrecerle el futuro que merecía su incipiente vida.

También comprendía que más allá de elucubraciones lógicas, seguiría ofreciéndole mi cariño incondicional, que aunque refrenase las manifestaciones físicas, éstas se irían incrementando gradualmente y de modo inevitable.

Al llegar al hogar, mi mujer ya estaba en sus tareas y eso me evitó una conversación que no estaba muy dispuesto a entablar. Me dirigí a la oficina, realmente un cuarto al que había bautizado así por tener todos mis elementos de trabajo y que no se usaba para otra cosa. Allí podría sumergirme en las ocupaciones habituales, realmente escaparme de los torbellinos que azotaban mi cabeza.

En cuestión de nada llegó la hora del almuerzo y con ella el retorno de mi princesa, esta vez no la podía abrazar o alzar con la efusividad deseada, un simple saludo debía suplir los impulsos que nos asaltaban. Esta vez el almuerzo

consistió en algo más elaborado que las cosas que preparaba estando solo, la conversación giraba entre temas diversos pero nuestros ojos se cruzaban en instantes de complicidad, ni siquiera debía decirle que fuese discreta. Aunque no tuvimos oportunidad anterior de planificar el tema, ni siquiera mencionarlo, las cosas se daban naturalmente, como el rozar de manos al pasarnos un plato, como el buscarnos los pies debajo de la mesa, como el hablar indiferente que no hacía más que acentuar que nada nos resultaba indiferente.

Luego del almuerzo mi señora no quiso que levante la mesa ni vaya a la cocina, así que cumplí con el ritual de sentarme frente al televisor con el volumen algo elevado para tapar posibles cuchicheos que cruzáramos con mi nenita. Ahora no se sentaba encima más, ahora era toda una señorita con las piernitas cruzadas, aunque para tomar el control remoto u otras mil pavadas nuestras pieles se rozaban, nuestros brazos sufrían toda clase de choques. Al rato vino mi mujer para acompañarnos, momento en que a mi ángel le di un ataque de sueño quedando como desmayada en el sillón. Luego de unos momentos fingida conversación le dije a mi mujer que mejor llevaba a la nena a su habitación así descansaba mejor. Creo que el relator decía cosas muy interesantes ya que solamente asíntió con la cabeza, enfrascada en la pantalla.

La alcancé en brazos suavemente como para no despertarla y mientras nos alejábamos hacia sus aposentos demoraba la sensación de sus piernas flácidas que transmitían la tibieza a mis brazos. Claro que ese brazo terminaba en una mano, y esa mano se movía lentamente y con un descaro que no nos permitían las anteriores miradas indiscretas. Creo que demoré un siglo en llevarla así; alzada, que minimizaba los pasos para contemplarla en ese estado de indefensión, de entrega, que exacerbaba mis sentimientos. Dentro del dormitorio parece que tuvo una súbita recuperación ya que sus bracitos se aferraron a mi cuello y nuestras bocas se buscaron con desesperación, nuestros labios querían consumir en segundos lo que nos llevaba horas en tiempos normales, pero debía conservar las apariencias y la deposité en el lecho mientras trataba de despegar la mano de su colita, nada fácil por cierto, esa zona poseía un magnetismo muy difícil de superar, pero al final salí cerrando la puerta y tratando de disimular una erección.

Al rato de mirar una insulsa novela, ya estaba por levantarme para seguir en lo más pero mi mujer manifestaba ganas de hacer una siesta también, tal vez para recuperar energías que pensaba utilizar a la noche, tal vez para sorber las energías más que ahora tendrían dos destinatarias.

Sabiendo que contaba con un par de horas de tranquilidad me

dirigí a trabajar, pero mi cabeza realmente estaba en aquella habitación cuya puerta acababa de entornar. Luego de un prudente lapso, me encaminé despacito a visitar la nena. Abrí la puerta despacito esperando encontrarme un recibimiento alegre pero se había dormido de verdad. Era un encanto verla allí desparramada, con el camisón algo subido, tal vez corriendo por unas verdes praderas en su sueño. Mis manos se dispararon hacia aquellas formas redondeadas y mi boca no se decidió entre aprisionar aquellos labiecitos entreabiertos o acompañar a los pequeños dedos que caminaban por geografías prohibidas.

Pese a la suavidad de mis movimientos, fue saliendo de su letargo y tomando conciencia de aquellos labios que depositaban besitos por sus piernas. Creo que miraba desde antes con los ojitos entreabiertos, pero sus manos amasando mi cabello disiparon mis dudas y continué con el trabajo de adoración. Ahora parecía más natural que mi boca se pose en sus partes íntimas, era lógico que le bese su bultito mientras las manos recorrían los alrededores, era natural que corriese un poquito aquella suave prenda de algodón para llegar a las escondidas profundidades, ahora mi lengua podía pasar por aquel canal que solamente conocían mis dedos, ahora podía depositar humedad directamente en aquel hoyito de mis sueños.

Parece que mi nena quería experimentar nuevas sensaciones ya que se puso de espaldas y se bajó la bombachita, el verla quitarse esa prenda y arrojarla con un pequeño gesto me produjo una violenta erección, casi desesperado le tomé ambas piernitas para levantar un poco la zona donde zambullir a mi cabeza, abriendo la parte donde mi lengua iniciaría un nuevo recorrido.

Una cosa es pasarle un dedo hasta dispararle sensaciones, otra es tener aquel manjar al alcance de la boca, de la mirada, de los dedos que deseaban conocer otros hoyitos. La impaciencia de mi bebida parecía crecer con mi lento recorrido labial, tomaba mi nuca y la apretaba hacia abajo como indicando que debía hacer mayor presión en esas zonas que la catapultaban hacia el paroxismo. No me hice rogar y me dediqué a lamer con fruición todo ese duraznito en crecimiento, ese tajito que parecía estar rodeado de un bulto que lo protegía pero que en realidad lo destacaba.

Podía percibir unos temblores que anunciaban el pronto desenlace, aprovechando la posición dedicaba uno de cada cinco lenguetazos a humedecer el agujerito posterior, tenía acceso a ambos en esa maravillosa posición y no se hizo esperar un instante que ansiaba introducirse allí.

Mientras comía aquella deliciosa fruta dejaba deslizar un dedo dentro de la humanidad posterior de Alicia, creo que era una

situación de película, y otro tanto las caritas que ponía a mi tesoro al sentir esos nuevos embistes. No transcurrió mucho hasta que hizo explosión, su refrenado suspirar se tornaba muy evidente y temí por un segundo que atravesase las paredes para caer en otros infieles.

La relajación súbita de su cuerpecito me indicó que había llegado al final, pero mi dedo aún estaba perdido entre esas montañas y la vuelta, panza sobre la cama, sin desenterrar el intruso que invadía su intestino. El dedo casi se perdió en la profundidad de esa zanja que ahora relajada parecía de mayor profundidad, lo tuve que extraer con gran delicadeza y besando sus cachetitos, besando aquella zona donde la cola se confundía con el inicio de las piernas, lengüeteando nuevamente su vaginita desde atrás.

Decidimos en silencio que el tiempo no era nuestro amigo, y tapándola prolijamente volvimos a salir de la habitación con pasos lentos.

Mi boca aún conservaba el sabor de aquellos jugos, no eran los resabios ácidos que acostumbraban tener las mujeres adultas, era un elixir que no permitía que me lavase la cara, quería dejar esas fragancias secarse en mi piel e incorporarlas a mi ser. Y así, continué trabajando un rato hasta que ruidos en la cocina indicaban que se había levantado la mayor, no tuve más remedio que fingir cansancio y lavarme la cara para "despabilar", no sea cosa que ciertos olores despertasen ciertas dudas...

Era hora de aplicarle la medicina a la nena, al requerirme si le había puesto el supositorio los días anteriores tuve que asentir sin mencionar que tal vez lo había olvidado un par de ocasiones. Me preguntó si quería aplicárselo y no me quedé más remedio que poner cara de fastidio, como diciendo que era tarea de la madre pero que había el sacrificio de perder el tiempo en banalidades. Llamo a mi pequeña y le indico que se incline en una silla ya que debía ponerle el remedio, creo que su mirada azorada indicaba que no había relacionado la situación con un simple enfermero paternal, hasta que mi forzada indiferencia la convenció de actuar normalmente, hasta me dijo que le incomodaban esos tratamientos algo brutos.

Esta vez ella misma se subió la ropa hasta la espalda y bajó bruscamente la bombachita poniendo caritas de fastidio. La situación hacía mi carne inflarse a proporciones difíciles de disimular, pero me paraba dando la espalda a mi mujer que parecía seguir haciendo cosas en la cocina. Esta vez no habría crema, no habría un lengua humedeciendo la zona, que aunque fue invadida anteriormente por mis dedos conservaba un aspecto minúsculo y cerradito. Ardía en deseos de realizar todo suavemente, con todo el amor, pero abriendo los cachetitos con una mano le dije

“aguante; que all; va”, procediendo a meter la c;psula en su anito. R;pidamente se acomod; la ropa y sigui; con sus juegos, era envidiable su capacidad de pretender que nada hab;a sucedido, mientras yo no hallaba la forma de caminar disimuladamente a mi oficina para ocultar el gigantesco bulto que no lograba dominar.

Esa tarde transcurri; con normalidad, hasta luego de la cena cuando ya parec;a m;s natural que Alicia se sentase en mi falda a ver un poco de tele. Se mov;a despacito como intuyendo las torturas que me produc;a sentir su colita sobre mi delgado pantaloncillo, pasaba sus piernas por mis velludas extremidades como palpando aquellas sensaciones y cosquilleo. La sosten;a inocentemente por la cintura, como para asegurar su estabilidad, pero realmente su talle era un punto de lanzamiento para catapultar mis manos por otras zonas durante los minutos que logr;bamos un poco de intimidad.

Aquella noche no me pude sustraer de las obligaciones maritales, ella hab;a preparado el ambiente pensando en su goce personal y yo tra;a una presi;n dif;cil de disimular, por suerte en su mente se proyectaba la idea de que ella era la causante de la excitaci;n. Realmente tuvimos unos momentos de gran actividad, pero yo manten;a los ojos cerrados y sent;a otra piel entre mis brazos, una piel m;s suavecita, una piel que parec;a pertenecer a un angelito llamado Alicia.

(continuar;)